

Dreaming in Cuba

Leonardo Padura y Lucía López Coll

Una de las cosas que más odia Manolo en el mundo es pasarse el día dando vueltas con su auto por esas calles infernales, a pleno sol y sudando a mares. Además piensa que su máquina, eficiente pero ya cincuentenaria, sufre demasiado con ese calor. Por eso prefiere las noches, más frescas y con mejores clientes, dispuestos a pagar sin discutir el precio de una "carrera" a cualquier parte de la ciudad. Para ganarse la vida Manolo decidió convertir en taxi el macizo Dodge fabricado en Detroit, en 1955, heredado de su padre. A veces tiene suerte y lo contratan para una boda o una fiesta de quince. Los novios se retratan en su reluciente auto (él mismo lo pintó con un esmalte rojo vino brillante) y tiran la casa por la ventana aunque al día siguiente se tiren los trastos a la cabeza.

Cada noche recorre las mal iluminadas calles de la urbe y ve cosas extraordinarias que luego le comenta a Katia, su mujer. Ahora piensa que ella se va a divertir cuando le describa sus primeros clientes de esta noche, una pareja jovencísima que iba para El Vedado. Los muchachos usaban unas ropas tan estrafalarias que apenas pudo distinguir al hombre de la mujer, porque los dos llevaban argollas en las orejas, el cabello corto, los labios pintados de negro y las cejas depiladas! "La verdad es que hay cada personajes.... Aunque a mí me importa poco, cada cual que haga lo que le de la gana, mientras no jodan a los demás y me paguen...".

Cuando a sus 24 años Manuel Cabrera Saumell, lleno de planes y de orgullo, obtuvo su diploma de ingeniero mecánico, nunca imaginó que alguna vez tendría que ganarse la vida como chofer de alquiler, ni que el triste destino de aquel documento, en su momento recibido por su padre con lágrimas en los ojos, sería dormir el sueño eterno, olvidado en un oscuro rincón.

Manolito, como le decía su familia, fue uno de los últimos jóvenes cubanos graduados en la desaparecida Unión Soviética gracias a una beca de estudios. El muchacho nunca se acostumbró del todo a los rigores del clima ruso, pero agradeció en el fondo la rigidez de los profesores y las exigencias de

un programa académico que demandaba de él una disciplina casi militar y muchas noches en vela para sobrepasar la doble barrera del idioma y las asignaturas de la carrera.

Del extinto país de los Soviets trajo pocos recuerdos materiales y dos amores verdaderos, de los que duran toda la vida. El primero de esos amores es Katia, una dulce ucraniana descendientes de judíos (la koljosiana, le decían sus burlones compañeros), con la que llevaba felizmente casado más de 20 años y que, al llegar a La Habana por primera vez, no podía creer lo que veían sus ojos: una ciudad en constante movimiento, con tanta gente en la calle, y tiendas, y edificios bonitos por todas partes. Claro que luego muchos de esos edificios dejaron de ser bonitos, y algunos hasta se cayeron de viejos, y muchas tiendas cerraron porque no había nada que vender, para renacer después transmutadas en TRD (tiendas recaudadoras de divisas, divisas que ni Katia ni su marido ganaban)... Pero a Katia, también fiel a sus amores, le siguió pareciendo La Habana una ciudad mágica, un lugar bendito a pesar del calor, la bulla, la falta de agua, los apagones, los ómnibus repletos y otras menudencias de las que se suelen llamar "dificultades cotidianas".

Su segundo amor es un poco más complicado, porque Manolo no escogió su carrera por pura inercia -como algunos de sus compañeros-, sino porque heredó de su padre la pasión por las máquinas, los motores y cualquier otro ingenio mecánico inventado por el hombre. A su viejo (que en paz descanse), le decían Manolo "Alicate" y fue uno de los mejores mecánicos (si no el mejor), de autos americanos de cualquier marca de los que habían entrado al país, en cantidades desconocidas pero abundantes, antes de 1959. Siempre que no tenía clases y en contra de la opinión de Nora, su madre, Alicate se llevaba al muchacho al taller donde trabajaba, a unas cuadras de su casa, y poco a poco le había ido enseñando los secretos de su oficio, aprendido a golpe de duro trabajo y uñas manchadas de grasa negra.

Ahora el taxista se detiene para recoger a una muchacha sola. "¿A la discoteca del Comodoro?... Esa no es mi ruta, pero yo te llevo adonde tú quieras, mi vida... son dos pesos convertibles". Por el maquillaje y la forma provocativa como va vestida, Manolo juraría que se trata de una jinetera,

aunque hoy en día nunca se sabe, icon la ropa que se ponen las mujeres...! Por el espejo retrovisor observa el pronunciado escote de la joven, pero ella lo fulmina con la mirada y él vuelve la atención al volante.

Mucho más que el calor, cuando está manejando Manolo odia el comportamiento de la gente en la vía pública, la indolencia de los peatones que se lanzan a cruzar la calle por cualquier sitio y sin apenas conciencia del peligro que corren. A veces piensa que existe un ángel guardián cuyo único trabajo consiste en velar por la vida de esos irresponsables. Los ciclistas sin luces, los comemierdas que se llevan la luz roja... Sin ir más lejos, hace unas semanas por poco mata a una señora que se lanzó a cruzar a lo loco. Él venía un poco apurado pero pisó el freno hasta el fondo y el auto paró en seco con un chillido de llantas que prácticamente detuvo el tráfico. Después que se le pasó el susto, y la señora llegó sana y salva a la otra acera, los pasajeros que transportaba le comentaron admirados sus reflejos para detenerse a tiempo y evitar una tragedia.

Manolo agradeció los elogios pero no pudo reprimir el comentario sobre las innovaciones que él mismo le había hecho a su carro, cuyos frenos ahora funcionaban mejor que cuando había salido de la fábrica, 55 años atrás. "Sí – dijo uno un señor ya mayor acompañado de una mujer más joven, al parecer su hija-, los Dogdes siempre han tenido unos frenos medio cobardes". Entonces Manolo, motivado por el sabio comentario del hombre, se puso a explicarle cómo había logrado mejorar el sistema de frenos de los autos americanos de la antigua marca. "Y gracias a eso, esa señora está vivita y coleando", concluyó satisfecho.

Después de dejar a la presunta jinetera, su siguiente pasajero es otra mujer sola. Pero a diferencia de la anterior esta tendrá unos 40 años y aunque no va mal vestida, se le ve un poco ajada. La recogió a la salida de un teatro y ella le indicó una dirección en Centro Habana. Si lo hubiera sabido antes no habría aceptado esta carrera porque detesta manejar por este barrio de calles estrechas y latones desbordados de basura, por donde la gente camina como si fueran los dueños y señores de la vía, con aquella arrogancia que nunca había encontrado en Moscú, la antigua Leningrado, y otras ciudades donde había

estado. Por el espejo retrovisor observa a la mujer, justo cuando ella saca un fino pañuelo de su cartera y se enjuga los ojos para borrar, al fin se dio cuenta, los últimos restos del llanto. Aparta la vista rápidamente antes de que ella lo sorprenda espiándola y se pregunta qué problema tendrá... Sin embargo, no dice una palabra y se limita a hacer lo que más le gusta mientras conduce para ganarse la vida: pensar en la manera de cambiarla, pero de verdad, de a cuajo, a lo grande.

Con la única persona (además de su mujer) que Manolo se había atrevido a comentar su sueño secreto, era con Juanito, informático de carrera y uno de sus primos preferidos, sobre todo porque podía compartir con él sus proyectos más locos y el otro nunca le hacía demasiado caso, aunque lo secundaba en todos sus propósitos.

Por eso, cuando decidió que solo iba a manejar por las noches y de día se dedicaría en cuerpo y alma a perfeccionar el sistema de frenos de los carros Dodge, le pidió a Juanito (que en el trabajo tenía acceso a Internet), que lo ayudara a buscar información actualizada sobre el tema que tanto le interesaba y que poco a poco se había convertido en el centro de su vida, aunque no fue hasta varios meses después de haber comenzado la faena que le confesaría al informático su gran proyecto y las posibilidades que le abría. Su primo, lo había mirado a través de sus gruesas gafas como a un bicho raro, pero no hizo ningún comentario y lo siguió ayudando incondicionalmente.

Todo había empezado como una exigencia práctica, que se justificaba ante sí mismo como la necesidad de evitar una desgracia y mantener aquella máquina que le daba de comer en el mejor estado técnico posible. El plan había cobrado fuerza después que su única hija, Irina, había decidido pasar algún tiempo en Kiev con sus abuelos maternos y allí se había casado con el hijo de Iván, un antiguo y cercano compañero de estudios, lituano por más señas, convertido ahora en todo un empresario importador-exportador de piezas de repuesto, gracias a los nuevos tiempos que habían transfigurado la igualitaria vida de los antaño solidarios "tabarich" en una carrera desenfrenada y competitiva en el mundo "real". ¿Y si patentaba un nuevo sistema de frenado y

su ex compañero lituano lograba colocarlo en el mercado mundial, no se irían al carajo todos sus problemas?

Manolo creía haber encontrado la manera de solucionar de una vez por todas lo que su padre y todos los mecánicos cubanos siempre consideraron el único punto débil de una máquina prácticamente perfecta: el sistema de frenos de la marca Dodge. Mientras ocupó una de las plazas de ingeniero en el Puerto de La Habana, nunca se tomó en serio aquella antigua preocupación de su padre, pero cuando decidió renunciar a su puesto y sacar una licencia de taxista, forzado por la necesidad de aumentar sus ingresos por otras vías, en más de una ocasión Manolo había comprobado en carne propia lo acertado del diagnóstico del viejo mecánico. Por suerte su única víctima había sido un perro que logró salir vivo del accidente, aunque con el rabo destrozado.

Después de dejar a la mujer que lloraba y a un borracho trasnochado, Manolo comprueba que ya pasa de la una de la madrugada y, aunque suele terminar más tarde, piensa en irse a descansar para estar más lúcido al día siguiente. Sin embargo, como se le hace camino, decide aceptar un último pasajero. Apenas el hombre ocupa el asiento trasero, Manolo reconoce al saxofonista, pues lo había recogido más de una vez por esa zona de clubes nocturnos. Sobre todo lo recuerda porque es uno de esos clientes que siempre le regatea el precio de la carrera, como si a él le regalaran la gasolina y no tuviera que comprar gomas y piezas de repuesto y pagar los impuestos.... Al final alguno de los dos siempre había cedido y se habían puesto de acuerdo. Ahora él ve por el espejo del retrovisor los ojos del hombre, casi vencidos por un cansancio que va más allá del sueño a consecuencia de la mala noche. El otro se da cuenta del escrutinio y esboza apenas una sonrisa de reconocimiento. "Yo soy músico y siempre termino sobre esta hora mi actuación en el Club. Si nos ponemos de acuerdo en el precio, a lo mejor le interesa pasar todas las noches por aquí...". Sí, claro, le interesa... Siempre es bueno tener asegurados algunos clientes fijos... Hasta que llegue el momento.

El arreglo no resultó muy bueno para él pero a veces prefiere sacrificar algo de la ganancia y recoger a personas que le inspiran cierta confianza. La calle no está buena y hay cada tipos por ahí...

A las dos Manolo llega a su casa, un viejo caserón de madera despintada. En un terreno continuo se levanta un garaje de mampostería, especialmente construido para guardar su auto, aquel reluciente y bien conservado Dodge de 1955, como recién sacado de la agencia. Enciende la luz y se dirige al fondo del local donde ha montado un gigantesco laboratorio en el que hay un banco de prueba, máquinas herramientas, planos en las paredes y sobre varias mesas, y en una pared, varios esquemas a escala aumentada del sistema de frenos de un auto. Manolo los contempla, como buscando una respuesta oculta a una difícil incógnita.

Al día siguiente, domingo, no irá a trabajar. Ha citado a Juanito para que con una pequeña cámara de video que le prestaron, lo ayude a filmar el experimento definitivo que piensa hacer. Cuando lo citó, su primo lo miró con más detenimiento que otras veces, buscando quizá algún signo de locura. Entonces Manolo le dijo que no, no estaba loco, pero sí estaba convencido de que tenía en sus manos algo grande, algo que los podía hacer ricos y famosos, como en la película. Los ojos miopes del informático aumentaron de tamaño tras los cristales, pero aún así le prometió que vendría el domingo, con la cámara de video, sin falta...

Manolo entra en la casa y no enciende las luces. Sin hacer demasiado ruido se da una ducha rápida y se acuesta junto a Katia que duerme a pierna suelta y apenas deja espacio para él. Se acomoda lo mejor que puede, cuidando de no despertarla. Cierra los ojos, pero apenas puede esperar a que amanezca, porque sabe que mañana será el gran día...

Fin